

## GÉNERO, SOCIEDAD Y ESTRUCTURAS DE PODER

*Emma Ruiz*

Estamos reunidos para hablar de género, un término adoptado con la esperanza de abarcar con él la complejidad en la que nuestra sexualidad está inmersa; yo temería, sin embargo, que si no somos cautos nos aleje del componente emocional, pasional que alienta las relaciones entre los sexos.

La pasión es el elemento que nos hace sentirnos vivos; implica demasiado, implica movilidad, afecto, implica incluso la posibilidad de tocar extremos como el éxtasis amoroso o la entrega frenética a la muerte.

¿Cuáles son las marcas que como humanos nos convierten en mujeres y varones diferentes del macho y la hembra de otras especies?

Nos atraviesa el deseo, nos inflama en ocasiones.

Nuestra prolongada infancia, nuestra desvalidez inicial para lograr la sobrevivencia independiente nos liga de una manera única a los que amamos.

Del caos inicial, de ese nudo de sensaciones confusas del recién nacido se van perfilando progresivamente las diferencias. Nuestra subjetividad surge a través de largos rodeos, de la permanente búsqueda de soluciones de compromiso para alejarnos del displacer extremo y acercarnos al placer y la armonía sin lastimar de fondo las

relaciones con los otros que nos garantizan la vida. Y en este proceso lleno de vericuetos nos acompaña la fantasía, la simbolización, la posibilidad creadora.

Nos define nuestra obra cultural que nos enorgullece, pero a riesgo de olvidar la inconsciencia en la que a pesar de ella estamos inmersos y a la que con esfuerzo ganamos terreno.

A cambio de instintos fijos, nos adoma como especie una mayor inteligencia para organizar nuestras relaciones. Hemos creado instituciones para ayudarnos en la tarea de regular nuestras pasiones. Ellas nos ofrecen sostén y directrices, pero de no someterlas a una reflexión continua podemos olvidar que están pensadas para defender la vida.

Nuestra sexualidad resulta también única en su desarrollo, tras un periodo inicial de intensos afectos vivenciados en la familia, del despertar progresivo del cuerpo y de sus zonas erógenas, tenemos un cierto adormecimiento, como si nos tomásemos el tiempo necesario para fortalecer nuevos instrumentos para adecuarnos a la realidad, por una parte, y ser capaces de modificarla, por la otra.

Nos sacude después la adolescencia: nuestro privilegio como especie, y es aquí que delineamos más claramente nuestra identidad sexual y buscamos nuestra inserción en la sociedad más amplia, en el mundo del trabajo, en la obra cultural e histórica, y es aquí también que corremos el riesgo de congelar nuestra emocionalidad, de plegarnos ciegamente a roles preestablecidos.

En sociedades que Levi-Strauss define como frías, esto es, aquellas más tradicionales en donde los ciclos de vida parecen repetirse una y mil veces, a través de complejos mecanismos queda el adoles-

cente fijado a roles que en su sociedad se le asignan: su papel como varón o como mujer está claramente definido; su inserción en el mundo del trabajo de acuerdo al grupo al que pertenece, también. Sólo en situaciones festivas, sagradas, se pone en escena una especie de transfiguración sexual y entonces los roles se intercambian, pero con la garantía del ritual, de que el juego no pondrá en cuestión lo establecido.

Las sociedades denominadas calientes tienen más espacio para el cambio, el quehacer histórico es más continuo, aunque también hay fases y espacios en que tiende a congelarse.

Un indicador del grado de movilidad en una sociedad es la puesta en cuestión de roles rígidos, esclerotizados, elemental entre ellos el rol sexual. En periodos de cambio el hombre y la mujer recuestionan el lugar social que se les asigna, los ámbitos culturales a los que se les circunscribe; esto alude a las nuevas formas de sentido que se están produciendo; las instituciones, que venían siendo sostén de las pulsiones, no garantizan ya la producción de placer, así sea en forma velada, ni la eliminación del displacer extremos y exigen ser modificadas.

Pero el cambio cultural no se da sin resistencias de parte de los detentadores de privilegios en el acomodo social, los cuales se ven amenazados, pues el cambio devela realidades antes ocultas, trastoca jerarquías, cuestiona maneras de ejercicio de poder, redefine ámbitos de acción social, busca devolver al trabajo su sentido, promueve nuevas formas de placer y de entender la vida.

Pensemos a manera de ejemplo en sor Juana Inés de la Cruz: su transgresión del rol de mujer establecido en su época hubo de pa-

garla al final con la negación de sí misma ante el poder eclesiástico.

La relación entre los sexos lleva la marca de la envidia en el sentido amplio, implica aceptar límites, participar sólo a través de la fantasía en lo que es el terreno exclusivo del otro sexo; pero aceptar la diferencia sin necesidad de ritualizarla para sujetar nuestros afectos es posibilidad de enriquecimiento.

La diferencia enraiza en lo corpóreo; es ahí donde están los límites insuperables, las formas delineadas por la realidad material de cada sexo que circunscriben la manera de cada uno de ellos de experimentar placer, de expresar amor. Mas en lo simbólico, en la fantasía, cabe convertirse en el otro, identificarse con él, desdibujar incluso los límites.

En cuanto a la tarea reproductora, embarazo, parto, lactancia son privilegios de mujeres, no así la participación afectiva del varón en ellos. La maternidad puede ser, cuando deseada, en extremo creativa y requiere un gran gasto de energía: la emocionalidad toda revolotea llevando a revivir y resignificar la propia infancia, lo que puede también representar para la madre un profundo reconocimiento de sí misma; pero de convertirse en el único ámbito en el que la mujer vuelca sus fantasías de grandeza y a través del cual se define, conlleva grandes riesgos: el de excluirse y/o ser excluida de la creación directa de cultura en un ámbito social más amplio que el familiar, y también el de imaginarse y/o ser declarada insuficiente como mujer si decide no ser madre.

El varón, por su parte, puede negar más fácilmente su liga con la función reproductora, engendrar hijos y no asumirlos como tales;

pero aun si desea y decide ser padre, corre el riesgo de exiliarse o ser condenado al exilio afectivo del continente de la paternidad.

Tanto varones como mujeres soportamos la exclusión de ámbitos diversos del quehacer humano en la medida en que nos plegamos rígidamente a roles sexuales preestablecidos. En ambos casos corremos el riesgo de tomar venganza: el varón, excluido del reino familiar, puede intentar vedar el acceso de la mujer a la sociedad más amplia; la mujer, segregada del quehacer cultural, tenderá a considerar la familia como dominio de su exclusividad, correrá el riesgo de dificultar la necesaria salida de los hijos a la sociedad por temer quedarse afectivamente empobrecida, carente de fantasías de grandeza, ligadas en este caso sólo a la maternidad, y hundida en un sentimiento de inutilidad.

A mayor lucha de sexos bajo el velo de la restricción mutua, tenderá a haber más angustia de castración en los varones y más fantasías de violación en las mujeres, mientras que la emocionalidad y el intercambio afectivo se empobrecerán.

Mi invitación es a preguntarnos cuáles son los ámbitos consagrados en nuestra sociedad y época a las mujeres y a los varones, cuáles los espacios que cada uno de los sexos usurpa con estrategias disimuladoras, cuáles las pérdidas afectivas que supone el plegarse inquestionablemente a un rol.

Nuestra tarea no será de satanización de uno de los sexos y elevación del otro, sino de investigación, de búsqueda de comprensión, de apertura para la creación de nuevas formas de relación.